

LA ESTACA

Precios de suscripción

Un mes, 0,25 pesetas; trimestre, 0,75 id.; un año, 8 pesetas.
En provincias igual precio.
Anuncios á precios convencionales

*Palo al burro blanco,
Palo al burro negro,*

*Palo á todo burro
Que no ande derecho.*

Oficinas: Abades, número 3, 2.
NÚMERO SUELTO, 5 céntos.
No se devuelven los originales

Apertura de los tribunales

Como el día 15 han terminado las vacaciones de los jueces y de los estudiantes, LA ESTACA se ha visto en la necesidad de inaugurar el curso judicial y el curso académico, con su correspondiente discurso de apertura.

El presidente Supremo de LA ESTACA, vestido de capotín sin mangas y gorra de bisera, comparece en la redacción. Se asoma á la ventana, mira á la calle, donde los simpáticos estuqueros esperan, y dispara el siguiente discurso de apertura...

«Pueblo hermano: Costumbre es en estos lugares y en estas ocasiones, cuando los Supremos tomamos la palabra, recomendar el imperio y las conquistas de la ley y la esclavitud á la ley. Y propio de estos altos sitios es también, indicar derroteros nuevos para la reforma de la Justicia.

También yo soy de la opinión de mis caros colegas. No bastan la ley ni la justicia que tenemos. Y urge una reforma radical y profunda que cambie el modo de ser de esta sociedad de bu-cavidos en que vivimos como besugos en banasta, esperando que nos desamen y nos guisen y nos coman.

Por de pronto, señores, me ha parecido bien cambiar las personas ó los instrumentos de administración justicia. Desaparecerán los jueces y ocuparán su lugar los maceros.

La maza es el verdadero símbolo de la ley futura, y para meter esta idea santísima en los cerebros de las gentes, es de necesidad abrir una suscripción nacional para levantar un monumento á la Maza de Fraga.

La maza, por supuesto, podrá cambiar de nombres y formas, según los gustos de las localidades, y en unas partes adoptará la forma de cachiporra; en otras la de garrote, y en otras, finalmente, la de estaca, germen esencial de todos esos instrumentos.

Hay en toda función de justicia un lavado ó un blanqueo de ropa sucia. Y la ropa sucia siempre es blanca y se lava á estrogonos ó á golpes. Á golpes curan los linzos, y á mazas se limpia el patio en los batanes. Sean, pues, los tribunales un batán nacional, un mortero público ó una cibara patriótica, donde se majen, machaquen y muelan las espaldas de nuestros numerosos, ilustres y excelentísimos ladrones y tunantes. (Aplausos nutridos en los barrios bajos, temores y escalofríos en los barrios altos).

En conformidad con esta norma ó con este batán, señores, el Tribunal Supremo de LA ESTACA se inclina al abandono del Derecho común y á su sustitución por el Derecho foral de Cataluña, de tal manera, que toda la justicia que se administre en lo sucesivo en España sea justicia catalana. (Nuevos y estruendosos aplausos).

Si, Justicia catalana he dicho y no me desdigo. ¿Qué efectos consigue la justicia ordinaria con sus ordinarios? Esa justicia se parece á Calixto García en que obtiene y consolida la Victoria de las Tunas y de los tunos en general.

Ya veis, querido pueblo, cuántos han vuelto siempre de Cuba y de Filipinas con grandes pacotillas de dinero robado. Ya notas cuántos otros han preferido hacer las pacotillas esas sin pasar el charco, aquí en España, ora en gobiernos, ora en consejos, ora en consumos, ora en empujados, ora en subastas, y ora pro nobis.

Ya veis, querido pueblo, cuántas sanguijuelas te explotan vendiéndote lo que comes y lo que bebes y lo que vistes y lo que calzas, y robándote en el peso, en el precio, en la calidad y en la medida. Ya veis cuántos levantan hoteles y estrenan ropa dedicándose al robo.

Pues todos esos andan bien con los Tribunales y con las leyes de ahora. Todos viven en paz con la justicia antigua.

Pero no vivirán lo mismo con la nueva justicia catalana.

Hay que sacudir y sacudir de firme. Sacudir el polvo, sacudir la polilla, sacudir las moscas, los moscones y los moscardones.

Empecemos á sacudir, querido pueblo.

Si te hace falta chisme, aquí tienes LA ESTACA. Cógela, esgrímela y no te haga duelo. Más de cuatrocientas mil copias la esperan...

El presidente tira la gorra al aire en dirección á la casa de Castelar.

Los vendedores se cargan de ESTACAS y escapan por las calles voceando la apertura de los tribunales y la ley de LA ESTACA.

EL GOBERNADOR Y LOS vendedores de periódicos

LA ESTACA tiene mucho gusto de saludar, en el nuevo gobernador de Madrid, á uno de los aristócratas más populares y simpáticos de España.

Es el vizconde de Iraeste hombre de gran cultura, llano, cortés, ameno, alegre y fuerte, valeroso y vivo. Buen jinete, buen cazador, diestro y peritísimo en el manejo de las armas y gran aficionado á las corridas de toros, en las que si llega el caso grita y chillaba desde su barrera del tendido 9 como un gusapo estudiante de medicina: es, imparcialmente hablando, uno de los pocos hombres que tiene el antipático partido liberal conservador.

¿Lástima que un político de estas condiciones, un hombre que si dice «allá voy» se lleva por delante un regimiento, un mojado á quien hasta las ropas que viste siempre le vienen estrechas, dé muestras de que le viene ancha, pero muy ancha, la casaca de gobernador.

Y vaya si le viene ancha la casaca! Pues qué ¿si no le viniera ancha se metería V. E. con los pobres vendedores de periódicos que vocan sus mercancías allá en la Puerta del Sol?

¿Qué daño hacen á V. E. ni á nadie esos vendedores para que sean hostilizados por los señores guardias y les digan con caras foscas y fieras que se vayan á vender á Nueva York?

¿Ha visto V. E. insulto semejante?

¿Quién tolera, señor vizconde, en estos tiempos de *yankees* que sea tan ni son le manden á uno irse á vender á Nueva York, que es peor, cien mil veces peor que si le mandaran á las ventan de la... Rabia? Que le digan, que le digan á Frontaura que se vaya á hacer versos á Nueva York, y aunque es dulce, pacífico y manso, V. E. ya verá la cara que pone.

No sea así V. E., y crea á LA ESTACA.

Pague duro y recio, que buenos lomos y lomas hay por ahí; métase á arreglar servicios importantes que están abandonados, reglamente las amas de cría que son causa de que haya tantísimo niño encanijado y enfermo, cuide de la sección de Higiene, cierre chirrietas y barlotos, haga, en fin, una campaña brillantísima, como inudablemente hará, pero no se meta V. E. señor vizconde, con los vendedores de periódicos.

Ellos no quisieran ser vendedores. Querrían cuando menos ser consejeros, ó consejeros, ó capitanes de la Guardia civil; pero no tienen otro recurso que vender periódicos para no morir de hambre; ¡y si viera V. E. que triste es tenerse que ganar los garbanos perro á perro!

Que molestan á las personas que suben á los tranvías y á las que bajan... ¡vaya en gracia! También los señores que hacen corro en

la puerta de Lhardy, en los vestíbulos de los teatros y en los umbrales de las iglesias, molestan. También esos desfiles de coches y tranvías á galope en las tardes de corridas de toros ó carreras de caballos, molestan. También V. E., señor vizconde, ha molestado alguna vez á los transeúntes cuando lo ha guiado gallardamente tres y cuatro troncos de briosos alazanes que arrastraban su *mail coach*.

Caridad, señor g. b. r. n. adador, mucha caridad para los pobres, y crea usted que ha de ser la única autoridad querida del pueblo de Madrid.

¿Qué alimento!

I

Los lectores de LA ESTACA de fijo están enterados de la desgracia que sufre gran parte del vecindario de esta capital y villa y corte de los milagros. Cuarenta y siete personas (según dicen los diarios), en la calle de Bailén, por leche pura compraron cierto líquido blanquezo que resultó envenenado.

Los pobres, se lo bebieron, pero al instante exclamaron: «¡Jesús, qué leche más mala!

«¡Ay, qué sabor tan extraño!

«¿Qué tiene esta leche?»

«¡Cielos,

yo he bebido cinco gatos que me arañan!

«¡Ay, qué leche!

«¡Ay, San Pablo!

«¡Yo me muero!

«¡Yo agonizo!

«Que avisen presto, volando, á la Casa de Socorro...

«¡Qué revuelto!

«¡Que me... acabó!

Y gracias que los galenos en diez minutos llegaron á socorrer á las víctimas, y como son hombres prácticos, les dieron medicamentos, y ya los tienen curados.

II

Oye, tía, querido alcalde, Sánchez de Toca simpático: ¿regentas el Municipio y te juzgas obligado á velar por los vecinos, ó sólo te importa un rábano que un rufián nos asesine y nos mande al otro barrio?

¿Eres alcalde, Joaquín, para usar bastón de mando y darte con él gran pisto y cobrar un sueldo bárbaro, ó para ser defensor de los vecinos honrados y procurar que las leyes las cumplan gordos y flacos?

¿Dónde están los inspectores de plazuelas y mercados que no revisan la leche, ni la carne, ni el pescado?

¿Tú sabes lo que yo haría con el lechero villano? Pues nada, poquita cosa: le preparaba un gran baño de pez hirviendo, y en él lo zambullía en el acto.

¿Tú sabes lo que yo haría con algunos delegados de tu autoridad? Pues nada;

cogerlos, y muy despacio, á fuego lento, muy lento, tostarlos, J. a. u. i. n. a. t. o. s. t. o. s. t. a. r. o. s. Y juro por tus narices (que es lo más grande que hallo), que en dos horas no quedaban alimentos averiados. El vino, sería vino, y no del campeche extracto; el aguardiente, aguardiente, y no zamo del e. p. a. r. t. o; la carne de vaca, vaca, y no burro parafacto, y la leche ¡anda la leche!, pura y con nata, canastos, nos darían los que ahora nos están envenenando.

III

Ya sabes, puse, mi receta; imítala ¡voto al chápulo! y te dará agradecido un medicamento arábigo, para recortar narices y reducir su tamaño.

Mira que las tienes grandes; mira que tienen dos palmos; mira que todos las miran y se quedan admirados.

Mira que Felipe Pérez es un poeta muy malo, y va, te las versifica, y te mueres en el acto.

La excomunión

(FRAGMENTO DE UN POEMA)

Dóte á don Juan el monarca el ministerio de Hacienda, para ver si con tra-tienda saca á flote aquella barca. Pero tanto el hombre abarca para coger numerario, que en los bienes de un santuario mete mano y los recoge, aunque el Prelado se enoje y lo tome por sectario.

Protesta al Obispo y lanza la excomunión á don Juan; pero éste, como Satán, por la mala senja avanza.

Y asiendo tomar venganza de lo que él llama su afrenta, medio loco se presenta á todos sus dependientes, y rechinando los dientes, de su rabia les da cuenta.

—Que esto concluya es razón—añade falto de calma.

—¿Por qué el Obispo de Palma me lanza su excomunión? Pues que tiene ese tesón y se muestra mi enemigo, la ambición que en mi alma abrigo me ha de dar valor y fuerza para hacer que se retuerza todo el que luche conmigo.

Luego, con cara *ferche*, progre-blando, muy bando, como si estuviera hablando con algún otro fantoche:

—¡Si supierais que el derroche de ideas me pone chispul Yo de coraje me crispo y mi sangre se sulfura al ver lo que ha hecho ese cura, quiero decir, ese Obispo.

Don Juan, que ya disparaba, pasea en su gabinete, y en cada paseo mete por donde quiera la pata. Al Obispo le maltrata con seces palabrotas, y al fin se pone las botas, aunque no como quisiera, y baja por la escalera saltando cual las pelotas.

Quando á desatarse llega la excomunión desde Palma, ¡qué insoporable es la calma del que tranquilo navega!

Don Juan Navarro reniega de su malhadado sino, y si ballara en su camino algún árbol, como Judas, saldría pronto de dudas con una cuerda de lino.

—Muere si intentas morir—le dice con sorna el diablo. Y él responde:—Guárta, Pablo, que es más alegre vivir.

—¿Y á dónde podrías huir?—añade su enemigo.—Te darán, en vano, abrigo otros climas y otras plagas; mas donde quiera que vayas la excomunión va contigo.

—¿La excomunión? ¡Por Satán!—responde al punto Navarro. —Si me hablas de ella, desbarro—sigue diciendo don Juan. Cuando suelto el huracán, rompe, arralla y desbarata, sólo á la sierpe inmensa le ocurre si bar así.

Y añade el demonio:—¿Si? Pues ya meiste la pata.

Don Juan vacila un instante; cae el diablo le conculca; pero ve que Buenavista se encuentra poco distante.

—Anda de ahí, se bergamelo—dice el diablo.—Te camelo. Y dejando el triste suelo, sube al tranvía y se va, á ver si por Alcalá se encuentra con don Marcelo.

¿Cómo expresar el horror que allí á don Juan le contrasta? ¡Si se encuentra en Buenavista toda la plana mayor!

Causale fuerte rubor el oír á sus compinches, que le gritan:—No te hinchas con los proyectos de Hacienda, y si se abraza la tienda, salva siquiera las chinchas.

Don Juan se detiene adusto; el coraje en él se nota, y la cartera ya rota, cae de su puño robusto.

Los ojos vuelven con susto, horror se inspira á sí mismo, y cercano el puzicismo, se retuerce y desespera, como si con la cartera se le rompiera el bautismo.

Bolsa, petróleo, salinas, cuanto produce dinero, bailar con mucho salero ve don Juan en las esquinas.

Continúa en la 4.ª plana.

12 FOLLETÍN DE LA ESTACA

Ni que yo fuera un chorré que aguanté puntos y comas.

(Se abalanzan uno contra otro).
Nemesia se interpone.

NEM. ¡Haiga paz! No amontonarse, ni antes de tiempo pegarse, que yo como ama he dispuesto, que Fanegas coja el puesto, y al que le duela ¡amolarse!

(Dirigiéndose á Fanegas. Entonación solemne).

¡Fanegas! ¡Eres el amo!

¡Eres aquí el medidor!

COR. (Con rabia y apretando los puños que lostendrán más grandes que la catedral de Burgos.)

(De rabia estoy que me infamo, y he de ser hasta traidor si dueño no me proclamo! Voy á avisar al Goliya y dándole una coliya, lo tengo en cuerpo y en alma.)

(Hace un gesto horripilante se pone la cachucha y vase).

NEM. (A Fanegas. Has de tener mucha calma y trasteo y muletilla.

FOLLETÍN DE LA ESTACA 13

FAN. Corriente. Yo te aseguro que ha de seguir todo igual.

Yo te saco de este apuro aunque quiera ese morral ponérmelo muy oscuro.

NEM. Adiós, Fanegas. Confío en que bien me has de servir.

(Entonación solemne).

Toma el cuenco de medir.

FAN. (Haciendo esfuerzos por contener las lágrimas).

Yo lo aceto, porque fio que adelante he de salir.

(Mutación rápida).



16 FOLLETÍN DE LA ESTACA

GOL. (Inclinándose respetuosamente).

¡Bravo Sansón!

Ya sabéis que sois el amo. Yo acudo á vuestro reclamo con alma y con corazón.

Tengo á mi gente en las vegas dispuesta para el atraco, y os ofrezco, á fe de Paco, que muere pronto Fanegas.

Yo no quiero transigir nunca con ese animal, y me ha sabido muy mal que le pongan á medir.

Mas si vos os empeñáis en que siguiera midiendo, yo seguiría sufriendo porque vos no os enfadarais.

Os tengo mucho respeto, y cariño y voluntas, y si vos queréis la paz, ¡ah, señor! también la aceto.

SAN. ¡Yo la paz! ¡Por Balcebú y cuatrocientos cañones, pistolas y pistolones!

¡La quiero menos que tñ! ¿Tú no sabes que á Fanegas le tengo un odio mortal?

¿Tú no ves que á ese morral le voy á dar unas friegas?

FOLLETÍN DE LA ESTACA 17

COR. ¡Ya lo creo! Es de mistó; es de esta menda, que hila desde lejos... ¡digo yo!

ESCENA III

DICHOS Y FANEGAS

FAN. ¿Quiere usted algo, nostrama, ó me marche pa la cama?

(Viendo á Correvedille añado).

¡Anda Dios! ¡Correvedille! ¿Vienes pa que te trasquile?

COR. Tú siempre bruto.

FAN. ¡Camamal!

¿A qué vienes á esta hora?

NEM. A darme la desazón.

FAN. (Dirigiéndose á Correvedille).

¡Tíes tú siempre una intención! (A Nemesia).

NEM. ¿Y qué te dice? Que ahora se amuela mi situación.

El Templo ha muerto ayer.

FAN. ¡Anda la osa, mujer! ¿Qué me cuentas?

A la picota

Al Sr. Comisario Regio de la Escuela Central de Artes y Oficios.

Si LA ESTACA vistiera levita y sombrero de copa, hubiera tenido la seguridad de conseguir de usted una audiencia y en ella le hubiera dicho, al oírlo por supuesto, para que nadie se enterara de cosas tan feas, algo sobre los escamoteos y abandonos de cátedra, algo sobre las ilegalidades enormes y demás actos punibles que se cometen en la Escuela de su serafica y benevolencia dirección.

Pero las estacas no gustan ni a usted, ni a los señores de elegancia levitica ni sintieron nunca la suave presión de manos enguantadas, ni han olvidado un momento que los pobres hijos del pueblo no tienen el derecho de quejarse ante un señor que se aborrece, ni el de pedir justicia aunque se les piastee.

Aí lo sienten al menos los coyachuelistas de Fomento y los altos y fuchados empleados de la burocracia al uso y aunque, salvo pocas y honrosas excepciones, son muy brutos, sus razones tendrán, si es que saben lo que es tener razón.

Las estacas, sin embargo, y sobre todo las estacas puestas en las manos vigorosas del pueblo, tienen medios muy fáciles y persuasivos de darse a entender.

Les basta dejarse caer pesadamente sobre aquellos a quienes se dirige, y estropearlos así el esternón o el occipucio.

Este es el procedimiento que LA ESTACA tiene que emplear para entenderse con usted. No sabe otro lenguaje que éste.

El de los estacazos.

Dos años hace ya que por ley de pre-nupcias se creó la cátedra de inglés en la Escuela de su regia comisión.

La importancia que en esa asignatura reconocieron los que en aquel Centro se preparan para los secretos de la industria, probó al haberse matriculado en ella 88 alumnos.

El catedrático Sr. Oriado principió a cobrar como catedrático de inglés.

El Sr. Montejano principió también a cobrar como profesor auxiliar de inglés.

Pero llegó el curso y ninguno de los dos parecieron por la clase que el Estado les había encomendado, razón por la cual la mayor parte de los alumnos, desalentados, la abandonaron.

Entonces se supo con detrimento de la formalidad del ministro, con quebranto de la moralidad de los profesores, y con escándalo de todos, que ni el profesor había salido nunca al inglés, ni el auxiliar, modesto pintor, sabía de aquella lengua más de lo necesario para manejar una paleta.

Todo lo cual no fué obstáculo para que aceptasen el nombramiento, y tuvieran la poca aprensión de cobrar hasta entonces y desde entonces su correspondiente sueldo.

Semejante ilegalidad fué oficialmente ignorada o amparada, y de aquella clase ya casi abandonada quedóse encargado el único que tenía competencia para ello, y único también que no cobraba, un laborioso ayudante de la Escuela, el Sr. Ugarte.

Habría sido barbero de algún ministro ó sabido hacer juegos de prestidigitación en las cavernas ofisinas, y otro pelo le hubiese lucido al Sr. Ugarte.

Pero

Lisardo en el mundo hay más.

Por encima de Reales ordenes, Reales decretos y decretos leyes, algunos bien recientes, nombróse catedrático interno de francés é inglés en esa Escuela, a un periodista que tenía el mérito de ser furibundo triturrario é incansable encomiador del Gobierno desde las columnas de *El Nacional*.

No tenía carrera ninguna, pero era capaz de llamar a Cánovas Dios.

Catedrático de inglés, lo desconocía en absoluto, pero era amigo del ministro.

Catedrático de francés, sus tareas periodísticas le impidieron asistir a clase, pero en cambio se le dió todo el sueldo como si fuera catedrático en propiedad y como gratificación por supuesto para que pudiera cobrar otros sueldos por destinos que le proporcionaran la ruda tarea de firmar la nómina.

Oyó el auxiliar, Sr. Ugarte, que el nuevo profesor no se encontraba en tan lamentables é ilegales condiciones para la enseñanza como el anterior, y esperando órdenes dejó de dar la clase de inglés.

Los resultados no han podido ser más funestos para los pobres obreros, que son siempre los que pagan los vidrios rotos.

Ni un solo alumno oficial se ha examinado de primer curso de inglés.

Alumno ha habido desegundo curso a quien no se le ha llamado a examen, porque ausente de Madrid el auxiliar gratuito, ni el profesor, ni el auxiliar que perciben pingües sueldos, pudieron en su competencia examinarlo.

El desbarbante, la informalidad, é aban-

dono en que han estado las clases de francés, han sido tales, que de 285 alumnos matriculados, sólo un número reducidísimo ha obtenido la aprobación, y esto, no por la enseñanza en la Escuela recibida, sino por haberse preparado para el examen con profesores particulares.

Esto no es tolerable. No puede ser, y no será.

¿Cómo? ¿Lo que en un momento de lucidez ha decretado un Gobierno en favor de la instrucción del pueblo, lo ha de estropear un ministro imbécil?

¿Es que los pobres hijos del trabajo no pueden esperar nunca justicia? ¿No hay ley que le ampare contra esa arbitrariedad infame? ¿Hasta esos despojos de instrucción que el Gobierno arroja a sus inteligencias ávidas de luz, hambrientos de saber, queráis arrebatarle?

¿Es lo que hacía falta al desdichado ministro de Fomento?

Negligente é inepto para las funciones de la enseñanza, faltábale acreditarle como chanchullo é introductor de matute en la plaza del dignísimo Profesorado.

Manchar a esta clase respetabilísima con fraudulenta introducción de catedráticos de pega, y de rechazo hacer gravísima injuria y no menos gravísimo perjuicio a la clase que, como más desgraciada, menos lo merece, es un nuevo timbre que el Sr. Linarez Rivas puede añadir a su desdichada gestión en ese ministerio y un flaco servicio a sus compañeros de Gabinete, que no añadan tan sobrados de prestigios, para que venga el Sr. Linarez ó acelerar su derrumbamiento con sus desasistidos y desplantos.

Afortunadamente, los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, saben que el Sr. Canals podrá ser gran panegirista de quien le dé credenciales, pero ignora para desempeñar la clase que le esté encomendada, y no es fácil que asistan a su clase.

La ESTACA, por otra parte, está pronta a defenderlos en toda razonada protesta.

Se va enterando el probo Sr. Comisario regio de la Escuela de Artes y Oficios? Son datos que pueden convenirle.

CÚMPLASE LA LEY

LA ESTACA se une al coro de los periódicos que piden el cumplimiento de la ley.

La ley es una señora que gusta de cumplimientos ó de cumplidos.

Los artículos de la ley deben estar como los soldados de Cuba, cumplidos.

La ley además es amiga de los periódicos. La ley tiene un periódico: la *Gaceta*. La ley tiene títulos y artículos como los periódicos.

Y a veces la ley miente como los periódicos también.

De la *Gaceta*, órgano de la ley, se ha dicho que es la más embustera de todos los nacidos. «Miente más que la *Gaceta*», dice el refrán.

Si LA ESTACA fuese *Gaceta* de las leyes, de otro modo anularía la política. Es la política de ahora como los nogales, que sólo dan el fruto a estacazos.

Un estacazo es la mejor sanción de un artículo de la ley.

¿Cúmplase la ley!—dicen los periódicos a grandes voces.

Pero no dicen lo que es la ley.

La ley es como las pieles de tigre que se tienden por alfombra para que las pisen todos.

Una generación y media por lo menos llevan los españoles aprendiendo a no cumplir la ley.

Y luego la ley tiene aspectos sumamente antipáticos.

Nosotros tenemos una ley—decían los judíos a Pilatos—y según esa ley, debe morir Jesucristo.

Nosotros tenemos otra ley—dijeron los moderados en 1866—y en virtud de esa ley debemos dar garrote al Sr. Sagasta.

La vida de Sagasta es por tanto, desde el día del cuartel de San Gil, una protesta contra la ley.

Ley es la del trabajo, y todos quieren vivir sin trabajar.

Cuando en las fachadas de las casas cuelgan un andamio, la cuerda que ponen en la acera es la ley para estorbar el paso. Y el que no salta la cuerda da el rodeo a regañadientes mal icinio de la ley.

Una ley manda que se paguen las contribuciones, y todo el mundo aborrece esa ley funesta.

Una ley reconoce las cesantías a los ministros, y también estaría de más esa ley.

Una ley prohibía a Prim y a Serrano hacer la revolución de Septiembre, y la revolución se hizo y se le llamó gloriosa.

Otra ley prohibía a Martínez Campos sublevarse en Sagunto, y Martínez Campos se sublevó y echó a pique la ley.

Por eso en España cada uno hace de la ley lo que le da la gana.

¿Qué es la ley?

La ley no debe ser cosa buena.

Hay leyes para ahogar a los hombres, para echarlos presos, para imponerles contribuciones, para obligarlos a ser soldados.

Pero no hay ninguna ley para darles dinero.

Y sólo hay una ley obligatoria: la ley del embudo.

Entre las leyes está permitido el delito de muerte. Al salir una ley suele salir matando a otras anteriores.

Cosa difícil es la ley.

Pero LA ESTACA tiene una ley que debería inscribirse de seguida en los Códigos españoles.

Que se declare obligatorio a todo ciudadano el uso del oro de ley.

Cúmplase esa ley.

El rey Chamba

I

Pues señor, Chamba I, rey de las Batuecas, tenía dos hijas y las metió en dos botijas.

A la hija mayor, la orgullosa princesa doña Blanca, la metió en una botija blanca, y a la princesa doña Rosa en una botija de color de rosa. Luego tapó herméticamente las botijas y las llevó al rincón más oscuro de la cueva del palacio.

—Hijas—dijo a las princesas,—en esta cueva estaréis freyitas y olvidaréis a esos dos gladiadores endiablados que os han sobrido los sesos. Estaos quietecitas; yo volveré pronto y os traeré la dicha.

—Buena—dijeron las princesas desde los fondos de las botijas.

El rey salió de la cueva, cerró las puertas, anduvo por varios subterráneos, abrió una portera de hierro, atravesó una plaza, bajó por unas escaleras, cruzó un foso, trepó por él y salió al campo.

Era de noche (pero no llovía); la luz de la luna brillaba... como brilla cuando está brillante.

(Escribo tan de prisa, que no puedo pararme y decir cómo brillaba).

El rey se internó por una vereda angosta, llegó a un barranco, bajó por él y se detuvo delante de un peñasco altísimo y lleno de verdoyo. Desenvainó la daga y golpeó en la roca.

—¿Quién llama?—preguntó una voz lastimera interrumpiendo el silencio de la noche.

—¡El rey!—contestó éste con orgullo.

—Y el rey ¿qué quiere?

—Que abras la puerta, hija de la Experiencia. Necesito las luces y consejos de tu madre.

—Mi madre ha salido a visitar a una familia de inexpertos; pero volverá pronto. Entra y aguarda.

Un ruido sonó, y en el centro de la peña apareció una resquebrajadura larga y angosta.

—Entra por esta hendidura—dijo la voz—agarra mi diestra, tiraré de ti.

El rey obedeció, se encasó en la grieta y logró pasar a través de la roca.

El ruido volvió a sonar, las piedras de granito se juntaron, y las gotas de agua se deslizaron de nuevo por el tapido verdoyo del altísimo peñasco.

II

—Pero... ¿qué diablos de cuento es este?—dirá el lector truncando las cejas.

—Pues no lo sé—contestará el autor;—tengo el compromiso de escribir en *cuarenta y cinco minutos* un cuento largo del rey que metió a sus hijas en dos botijas, y todavía no sé lo que he de decir.

—Vaya, hombre, pues prosiga usted, y veremos lo que sale.

—Con su permiso.

—Es usted muy dueño.

III

Pues señor, el rey entró en una concavidad luminosísima formada en las entrañas de la roca. En aquella caverna la luz resplandecía con tan vividos fulgores, que quedó cegado y se tapó los ojos.

—¿Te molesta mi luz?—le preguntó la Ciencia.

—Sí—contestó Chamba,—me hace mucho daño.

—Melancolía, hija mía—dijo entonces la Ciencia,—apaga las luces compuestas.

Una j ven alta, pálida, demacrada y marchita, que estaba sentada en el suelo al lado de un montón de libros abiertos y de esferas rotas y trastornadas, mirando con ojos fijos, lánguidos y tristes un reloj de arena, se levantó lentamente y apagó la lumbrera que ardía en varias hornallas.

—Ray—dijo la Ciencia,—ya puedes abrir los párpados; nos alumbra la luz más suave que tengo, la luz blanca. Siéntate y perdona si sigo trabajando.

El rey obedeció y miró a la Ciencia de soslayo.

Era ésta una mujer arrogante, de edad mediana, alta, rubia y gruesa, de rostro hermosísimo, pero severo y frío.

Se había sentado al lado de una mesa llena de hornillos, alambiques, redomas, cuadrantes, esferas y compases, y había cogido un objeto de figura extraña.

—¿Qué es eso—preguntó a la Ciencia.

—Una flecha para avivar las llamas de la Medicina, de la Filosofía y de la Jurisprudencia.

Tres llamas que, como ves, alumbran con muchísimo trabajo.

—Y este frasquito, ¿qué contiene?—preguntó Chamba cogiendo una redoma de cristal rojo.

—No le destapes; el olor te dañaría.

—¿Qué contiene?—insistió, soltando la redoma.

—Esencia de la Humanidad.

—Déjale, madre!—gritó Melancolía,—déjale que le destape. El hombre y no tiene ofato.

—Y le destapó y le acercó a la nariz del rey.

—¿Huele mal?

—No.

—¡Jam... jal...—rió Melancolía.—¡Si tendrá ofato!

—Ves, madre, cómo obro bien al no creer en nada ni en nadie? ¡Pobre gusano con corona—añadió mirando al rey,—oliste, sin comoverte, la esencia de todos los vicios y crímenes que en el mundo han sido! Te he restregado por la nariz la historia entera de la Humanidad; más aún, tu propia historia y la horrenda de tu padre.

—¿Qué oías hablar?—preguntó el rey con voz amenazadora.

—Ray, ¡lo que quiero!—contestó la joven levantando la livida cabeza.—Melancolía no te teme, porque no teme a nada ni a nadie en este mundo, donde todo es basura y egoísmo. ¿Tú crees en algo, miérrimo gusano con corona? ¿Crees en el cariño, en la honradez, en la virtud, en el valor, en la caridad y en la limpieza del alma?... ¿O sabes como yo que en el mundo sólo hay orgullos, egoísmos y maldades? Dime: ¿por qué eres rey? ¿qué fin persigues? ¿dar a tus vasallos la bienaventuranza, ó satisfacer tus apetitos de lujo, de riquezas y de mando? ¿eres imagen imperfecta de Dios verdadero, trino y único, ó vil caricatura del dios Baco?

—Soy la imagen de Dios—gritó el rey con arrogancia.

—¡Mentira!—shilló Melancolía.—Dios predicó la paz, y tú desclaras las guerras. Dios predicó la mansuetudine, y tú el orgullo. Dios la largueza, y tú la avaricia. Dios es la suma entera de todas las virtudes, y tú el conjunto de los siete pecados capitales. El Hijo de Dios nació en un pesebre, y tú en un trono ensangrentado.

—¡Mientes!

—¡Que me mienten!—rugió Melancolía.—¿Que mienten?... ¿No te acuerdas de los reyes asesinos, de aquellos que mataron a sus padres, ó a sus hermanos para robarles el cetro? Me di cas ¡mientes!, y hasta en la silla de San Pedro se han sentado perjuros y sacrilegos.

—¡Melancolía!—gritó la Ciencia.—¡A ver si callas y no escandalizas!

—¡Madre!...

—¡Silencio he dicho! Más valiera que en vez de escarbar en la Historia, condimentaras la cena.

Melancolía bajó la cabeza, y obedeció de mala gana.

—Dispénsala—dijo la Ciencia al rey,—es muy joven y sabe mucho.

—Pero es muy desvergonzada—advirtió el rey Chamba, temblando de coraje.

En esto un ruido levisimo sonó, y la Ciencia dijo:

—¡Mi madre viene.

—¿Doña Experiencia?—preguntó el rey levantándose.

Apareció en la gruta una viejecita muy simpática, muy limpia y aseada, de rostro sonrosado y pelo crespo más blanco que la nieve.

—Buenas noches, hijas mías—dijo con voz cariñosa. Y viendo al rey, exclamó con acento meliflo, doblando la cintura:

—¡Calle! ¿Su Alteza Real por aquí? Pero, hijas, ¿por qué no habéis alfombrado este suelo miserable con alfalfa y tomillos? ¿por qué no habéis quemado incienso y mirra?—Y se acercó al rey y le besó la mano.

—Doña Experiencia—dijo el rey,—vengo en demanda de vuestros consejos y luces.

—De mis consejos y luces—preguntó la viejecita fingiendo humildad.—¡Ay, señor, sin duda os chancosáis.

—Quiero que me aconsejéis acerca del matrimonio de mis hijas las princesas doña Blanca y doña Rosa.

—Señor, hablad, os servirá con toda mi alma.

El rey Chamba meditó y habló de esta manera:

—Ya sabéis que Dios me concedió dos hijas puras y gentiles como los lirios del valle.

Melancolía tosía con sorna.

—Han llegado a la edad en que las mujeres se transforman de crisálidas en mariposas.

—¡Mariposas!—murmuró Melancolía.—No hay mariposas en el mundo, tonto. ¡Son gusanos con alas!

—Ha llegado a la edad—continuó el rey—en que el amor domina, y se han enamorado perdidamente de dos gladiadores. Yo, para evitarlos disgustos, he metido a mis dos hijas en dos botijas.

—Bien hecho—dijo la Experiencia.

—Pues como ellas quieran—murmuró Melancolía,—ya te la pegaran dentro de las botijas. ¡Buenas están las hembras! En la sombra de un alfiler, se la dan al más pintado.

—Y comprendiendo—prosiguió el rey—que la mancha de una mora con otra blanca se quita, he decidido casarlas. Pero ¿con quién las caso? Ninguno de los príncipes que las solicitan me convenga. Yo ambiciono para ellas dos maridos buenos, leales, caritativos y limpios de corazón.

—¡Eche usted jigos!—exclamó Melancolía.

—No pretendo más—concluyó el rey.—Que mis yernos futuros tengan sangre real, azul, ó simplemente roja, me tiene sin cuidado. Lo que yo deseo es que tengan las siete virtudes de que habla el Catecismo. ¿Dónde encontraré esos dos maridos?

—En ninguna parte—dijo Melancolía.—¡No quieres pocas virtudes! ¡Ya te contentarías con dos pesetas!

—Calla, niña—reprenió la Ciencia.

—El caso es grave, señor—dijo la Experiencia pensativa.

—Tal vez haya algunos ejemplares de esos hombres raros, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero que yo no conozco a ninguno. No nos basta saber lo que ellos dicen; necesitamos saber lo que ellos hacen.

—Eso digo yo—interrumpió Melancolía.—Obras son amores y no buenas razones, ó, como dijo el otro: una cosa es predicar y otra cosa es el dar trigo.

—¿Y no habrá algún medio seguro de investigación?

—¡Investigación!—gritó Melancolía.—El que más mira menos ve.

—Quizá algún amigo mío—dijo la Ciencia.

—¿Amigo tuyo? quita, mamá, no seas tonta. Todos tus amigos son por fuera ó por dentro soberbios, envidiosos y poco sufridos. ¡Hay cada gusano que cree que es águila!

—Tiene razón mi nieta, señor. No sé dónde encontrar esos dos hombres.

—Está bien—dijo el rey con enfado,—yo los encontraré; me basto y sobro—y se levantó, se embozó en el manto real y requirió la espada.

—Melancolía, abre la puerta—exclamó la vieja. Y se dobló ante el rey, y le besó la mano.

—¿Por qué besas la mano de ese Chamba tan ignorante?—preguntó la Ciencia cuando quedaron solas.

—¡Ay mamá, y qué tonta eres!—dijo Melancolía entrando en la gruta.—Porque en el

en el puesto del Templo?

¿Quién de vosotros pueda arreglar ese vino avinagrado?

¿Quién entienda la bodega?

Les vas a dar el alcohol á alguna persona lega que no entienda ni una col?

Eso tan solo se entrega al que sabe encabezar y el aguardiente arreglar.

A un gachó que tenga tono y que por anís del Mono haga beber rejalgar.

Hay aquí que ser muy élfico y tener artes de químico, y saber lo que es la uva, y conocer que á esa cuba hay que darle alcohol mítlico.

(Dirigiéndose á Correveidille).

¿Tú entiendes algo de alcoholes?

Vamos, dílo prontamente y no seas inocente.

Pa mí no vales dos coles.

Pues eso díos la gente.

¡Fanegas! (Enfadado).

¿Qué quieres, qué?

¿Que no me vengas con bromas?

¡Anda Dios y qué gachó!

NEM. La verdad.

FAN. Pues es una atrocidad que bien te puede moler. Porque la cosa, Nemesis, no está pa cantos de iglesia y el negocio anda mu malo, lo desamino y lo calo y tié la faz adefesía. Mía que con estos calores todo el vino se nos pica, y están ya los bebedores más cansaos que una borrica ú que otras bestias mayores. Y ten presente además, ¡y me ensucio en Barrabás! que tié muchos envidiosos, y que quén muchos golosos dejarte, Nemesis, atrás. Mía tú que ya los vecinos te quieren quitar la tienda; y darán mejores vinos, pus no hay nadie que la entienda, porque aquí toos son pollinos á tu alrededor. El Templo era un gachó muy bragao que te sacaba adelante; pero como él ha espichao, tú te enocautas espichante. Porque... ¡vamos á pensar! ¿A quién vas á

mundo los morales besan por regla general las manos que quieren ver mordidas.

Y rompí a reír.
—¡Jesús, qué chica—exclamó la Experiencia.—Alguna diablura has hecho cuando estás jovial.
Y la dió un papirotazo en las pálidas mejillas.

IV

Cuando el rey salió de las entrañas huecas de la roca, tembló de pies a cabeza, y retrocedió espantado.

Alí mismo, a dos pasos de sus pies, las aguas impetuosas de un aterrador torrente saltaban a lo alto, y le salpicaban la ropilla.

—¿Dónde estoy?—gritó el rey apoyando las espaldas en una peña para no caer en el abismo.—¿Qué sitio es éste? Yo no vine por aquí. Así era.

La Melancolía (que estaba de humor) le había hecho salir por la puerta falsa de la gruta.

—¡Socorro!—gritó el rey viendo con terror que las rugientes aguas le cercaban.—¡Socorro!—volvió a gritar con voz lastimera.—¡Socorro, caminantes!

Sus voces se extinguieron en el viento. El oído no las percibía a la distancia de seis varas. El ruido poderoso del torrente reinaba en el espacio.

—¡Amparadme, Dios mío!—gimió mirando al cielo y cruzando las manos en actitud suplicante. Pero inmediatamente profirió un grito terrible, y cayó de bruces en medio del abismo. Era que al juntar las manos había resbalado en el verdoyoso y perdido el equilibrio.

Al sentir la frialdad de las aguas, recobró la energía.

Se dejó arrastrar por la corriente, y cuando llegó a un remanso, nadó ansioso de pisar la tierra; llegó a la orilla, se agarró a un arbolillo, y al tirar de él para salir del agua lo arrancó de cuajo, y cayó de espaldas. Al fin se levantó y logró pisar la tierra húmeda de las riberas del río.

—¡Uff!—dijo el rey Chamba sacudiéndose las ropas.—¡Vaya un baño! Oseí que no salía. ¡Qué frío hace, caracoles!... ¿Y mi manto real? ¿Y mi corona? ¿Algún granuja la encontrará y se hará rico fundiéndola... Tiene dos arrobas de oro. Sólo esta cabeza mía es capaz de soportar tan grande peso—y resolvió fuerte y marchó a buen paso camino del alcázar.

..... El rey de las Batuecas, á fuerza de merengues, agua templada y flores cordiales, venció el catarro colosal que le aquejó al día siguiente de la caída en el río.

Cuando se vió postrado en cama, recordó que las pobres princesas llevaban dos días sin salir de las botijas y sin tomar ninguna clase de alimentos.

Llamó a un esclavo fiel, y le dió orden de romper las botijas. Cuando el esclavo iba a salir de la regia estancia, entró un guerrero y dijo:

—Rey Chamba, un hombre que trae en la mano una corona te pide audiencia. ¿Qué le digo?

—Dile que pase, Wifredo—y dirigiéndose al esclavo, añadió—Quítame este pañuelo de hierbas que tengo en la cabeza y escóndeme este vaso de noche; no es oportuno que mis vasallos vean este utensilio doméstico.

El esclavo obedeció y poco después se presentó Wifredo acompañando a un mendigo alto, hermoso, pero marchito y triste.

—¿Qué deseas?—preguntó el rey.

—Señor—contestó el pordiosero hincando la rodilla en la tierra.—Esta mañana fui a pescar anguilas al remanso del torrente del diablo, y encontré esta corona, que creo será de vuestra real altaza.

—No creas mal—replicó el rey.—¿Y sabes lo que vale esta corona?—añadió mirándole fijamente.

—Señor, creo saberlo. De niño aprendí el oficio de platero, y sé tasar el valor de los metales finos y el de las piedras preciosas.

—¿Y cuánto valdrá?

—Señor, los brillantes son magníficos, diamantes y muy iguales. El coste de ellos no bajará de veinte mil doblas de oro.

—¡Caracoles!—murmuró el rey.—No creí que costasen tanto.

Y mirando al mendigo, preguntóle:

—¿Te vió alguien sacar del río la corona?

—Dios me vió.

—¿Y por qué no la guardaste para tí?

—No soy ladrón.

—¡Caracoles qué hombre!—repitió el rey en voz baja. Luego interrogó:

—¿Cómo te llamas?

—Miguel Ascas.

—¿Eres expósito?

—Ascas es el apellido, señor.

—¿De qué vives?

—De la pesca.

—¿Tu oficio ¿te produce para vivir?

—Me sobra; siempre saco mis redes llenas de pescados.

—¿Y los vendes?

—No, señor. Conservo los necesarios para sustentarme, y reparto los demás entre las personas que son más pobres que yo. Dios recomienda la Largueza, la Caridad y la Templanza.

—La Largueza, la Caridad y la Templanza. ¡Este pordiosero ya tiene tres virtudes!—y luego de meditar largo rato, preguntó:

—¿Eres soberbio?

—Soy humilde.

—¿Y lujurioso?

—Soy casto.

—Entonces—dijo el rey, asombrado,—¿tendrías mal genio?

—¿Y cómo, señor, si soy paciente?

—¡Vamás! te conozco, eres perezoso.

—Me levanto antes del alba y hago mi pesca. Después la distribuyo, adobo mi parte y voy a los bosques por leña, por cal a las canteras, y a los lechos de los ríos por guijarros y

arenillas. Luego trabajo hasta mediar la noche en fabricarme una casa.

—¡Caracoles! ¿Pues me convienes!—gritó el rey entusiasmado.—¡Wifredo!—añadió con voz imperiosa.—Coge estas llaves, ve a la cueva del alcázar, y rompe dos botijas que verás en un rincón. Melavo, acompáñame, y mirando al pordiosero, prosiguió:

—Mendigo, enderza la cintura; que desde mañana serás el caballero más noble de mis reinos.

El pobre obedeció, se puso en pie y miró al rey con ojos asombrados.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto las princesas doña Blanca y doña Rosa entraron en la regia habitación.

—¡Hijas mías!—el rey dijo.—Este mendigo que veis ahí lo destino para esposo de una de vosotras. Miguel, hijo mío—añadió con voz dulce,—fija tus ojos en las dos princesas, y elige esposa.

—¡Pero, señor!—gritó el mendigo avergonzado.

—Migra. ¡Lo manda el rey!

—Pues entonces, señor, elij, á ésta.

Y el pordiosero señaló con la mano a la linda doña Rosa.

—¡Hasta en esto!—murmuró el rey Chamba entusiasmado.—¡Elegió la más pequeña! Piensa como yo! De lo malo, poco.

V

Algunos años después, el rey de las Batuecas negoció un tratado con el monarca de los Indios, Ben-Chulet I, y en prenda del cumplimiento del contrato le entregó la magnífica corona.

Entonces fué cuando se supo que la tal corona era de latón y los brillantes de vidrio.

—¡Ah granujal!—dijo el rey Chamba, apostrofando a su yerno.—Como eras platero viste que era de latón. ¡Ah pillo, y más que pillo!... Pero di, contesta, ¿por qué fingiste tener virtudes tantas?

Y Miguel, bajando los ojos modestamente, contestó con voz humilde:

—Por ver si me dabas la propina.

LO QUE DICEN

Dicen que el buque va á pique, cual se fué el *Reina Regente*, y que no ha de haber un digno en que al buque se le aplique la carena consiguiente.

Dicen que anda mal el buque, y que allá en San Sebastián, para salvarlo está el duque; yo no sé si el de Tetuán, porque puede haber un traque.

Dicen también, y yo ignoro si esto será hablar de loro, que se va á marchar Beránger á estudiar náutica á Tángier por si ha de pasarse al moro.

Dicen que el de Zaragoza, quiero decir, Castellano, se divierte y se alborza porque aquí todo es enano, desde el palacio á la choza.

Dicen del que fué Navarro y Reverter además, que ya no apuesta un cigarro á que se arregle el cotarro y tira unos días más.

Dicen que Linares Rivas ya no quiere lavativas que le tengan anhelante, y está muy harto de jibas por detrás y por delante.

Dicen del señor Tejada que va á soltar la tajada á causa de su impericia; porque aquí no ve justicia, ni ve gracia, ni ve nada.

Dicen que el señor de Gos y Gayón y otras linderas, de los otros irá en pos; que son todos unas piezas que valen lo menos dos.

Dicen, por fin, que Marcelo con las manos trca al cielo, y llama á la Providencia al ver que la presidencia y lo demás, viene al suelo.

Pruebas son razones

Vivió en mi pueblo ochenta y nueve años Un cojo á quien llamaban Luis Bolaños. A los treinta, un caudal reuní decente, Viví bien, y murió tranquilamente Entre las bendiciones De aquellos que heredaban sus millones. ¡Oh cuánto se engañaba Mi buen padre, al decirme, Y á veces repetirme: ¡Hijo, aquel que mal anda, mal acaba!

El ladrón Lucas Prieto, Natural de Lucena, Muchos años campó por su respeto Allá en Sierra-Morena. Llegó rico, y en coche, A su pueblo una noche, Lo conoció el sereno Casimiro Y sin decir ¡quién val le soltó un tiro. ¡Y hoy muchos que en decirnos se complacen En donde te conocen, ¡favor te hacen!

Ayer salí con un gabán de paño Y á poco me asfixio, y no lo extraño; Treinta grados marcaba Barumir. ¡Cay calma dicha desde Norte á Sur. Y aun me dicen: Si quieres estar sano, Ponte ropa de invierno en el verano.

ASAMBLEA FEMENINA (1)

Extracto de una sesión que antayer han celebrado cuatrocientas oficiales de los «cortes aparados». Habló primero la Eusebia, y dijo con desparpajo:

—S.ñoras que me escucháis, os aconsejo el recato; no interrumpir la oratoria, que tiene un objeto sano. En vista de los sucesos que venimos presenciando, y de que ya los políticos de nosotros no hacen caso, para asuntos de amor propio la Junta se ha convocado.

(Breve pausa; la oradora prosigue con mucho enfado): Hoy la industria está perdida, y nosotros de rechazo; el arte está cadavérico, nuestros hombres sin trabajo, y todo muy mal, muy mal.

¿Quién té la culpa? Los zánganos. (Señales de aprobación en casi todos los bancos).

¿Para qué sirven los hombres de gobierno que aquí asomamos? Para nada, ya está visto; ni Silvela, ni Gamazo, ni Tetuán, ni Rosero, ni Canalejas, ni Dato, ni Esquerdo, ni Morlesin, ni Castelar, ni Navarro, valen catorce buñuelos, ni tan siquiera dos nabos; son incapaces de hacer un bien al género humano.

¿Qué pretenden esos hombres jantils y mamarrachos? Yo no lo sé, pero opino que debemos reemplazarlos. ¿Qué podrá valer el mundo sin nosotras?

—Dos ochavos. —Pues entonces, demostremos que si se presenta el caso, sabremos decir al pueblo dónde le aprieta el zapato.

La «liga de las mujeres», hoy dividida en tres bandos, es preciso se confunda en un formidable abrazo.

(Ole ya las peroratas y la sandunga y el garbol —Que se calle esa lechuzca, ó si no la despanyanci (Luz dice la oradora): —Aquí se presenta el caso de confeccionar un órgano que represente al trabajo y que «tenga las ideas...»

Y poder bailar un rato. —¡Cállese usted, ignoranta, ó la descubro los bajíos! Como sabéis, un camello el gobierno quiere darnos, y es preciso que nosotras en las pajas no durmamos; que la cuestión de las pajas nunca jamás la aceptamos. ¡Que se quede ese alimento para don Tomás Castellano! (Oyense en toda la sala estrepitosos aplausos).

Doy gracias á la Asamblea, y me siento, que me canso. —¡Que hable la Trini!

—No quiero. —No hablo; que tengo la voz opaca y padezo resfriado.

—¡Pues á la cama con ella, y calentarla á sopapos! —¿Qué dice esa tía cotilla de semblante putrefacto?

—¿Putrefacto? ¡Me la como y hoy me ahorró el estofado! —¡So pingol! —¡So deslenguada! —¡So cañalla!

(Los ánimos se acaloran y va en aumento el escándalo. La presidenta con fuerza la campanilla agitando): —¡Haya silencio señoras, y al fin reina ya en la sala un silencio extraordinario).

En vista que estás contestes en fundar ese diario, las que quieren tener órgano que levanten los dos brazos. (Vense momentos después en el aire muchas manos).

—Pues en vista de que ustedes saben ya lo que aspiramos, ábrese una suscripción para los gastos del diario defensor de las ideas que no otras profesamos. (Bajan los brazos las socias) y vense todas callando; la presidenta, por fin, dice en tono amostazado:

—Aquí hay mucho patriotismo; pero, hijas, está probado que habiendo que dar dinero los patriotas se acabaron.

Este es muy líneo, y no se deja atrapar de cualquiera. Y además: posee un objeto que para sí lo quisieran nuestros políticos, que corren siempre en busca de la pista que les ha de guiar al presupuesto.

El dinero huele la quema á mucha distancia. Por eso las grandes catástrofes nos cogen sin dinero.

Y, por regla general, la falta de éste es el anuncio de la catástrofe. El dinero tiene mucho parecido con las gentes sin conciencia, que hacen á pluma y á

(1) Esta composición es original de Manuel Moraga, cajista de la imprenta donde se confecciona este semanario. Ya ven ustedes como en todas partes cuecen habas.

pelo, y lo mismo son para un frágido que para un barrión, siempre que al barrer ó al fregar se les pague algo ó se les queden entre manos pelos ó plumas.

Porque esas personas se arriman siempre al sol que más calienta, aunque sea en verano. Y el dinero se acerca también á los poderosos, sin mirar su procedencia.

Huye de la blus del pobre y corre á albergarse en la levita del rico.

Por eso cuando veáis que va detrás de un misero, estad seguros que aquél va á cambiar de posición.

Si le veis, en cambio, huir del poderoso, señal es de que olfatea su ruina.

El dinero adula al rico en todas las circunstancias de la vida y de la muerte.

¿No lo veis cómo le denuncia al pobre que lleva dinero ajeno?

Parece que por todas partes va voceando que aquél es un ladrón.

Mas si le arrastra un rico, aunque lo conduzca ilícitamente, sin consentimiento de su dueño, se calla como un mudo.

Por algo se le llama al dinero vil metal, aunque haya mucho papel.

Como que por lograrle se hacen toda clase de papeles, incluso el papel moneda.

He dicho antes que el dinero tiene vista y olfato finísimos.

Por eso ve y huele á enorme distancia. ¿Huye de los gobiernos? Señal de que la bancarrota se acerca.

¿Exige que le den más valor del que tiene? Es que ha conocido el desprecio de los valores por que le cambian.

A la vista está que el dinero huye de los hacendistas de estos tiempos. ¿Qué significa esa fuga?

Que presente el *put* que se aproxima. Que anuncia con antelación la tempestad que se cierne sobre las cabezas de esas gentes.

En cambio LA ESTACA, sin correr en su busca, se ve rodeada de dinero por todas partes. Dinero la dan sus innumerables compradores.

Dinero la entregan los que á ella se suscriben. Dinero la ofrecen los que subvencionarla quisieran para inutilizarla parando sus golpes.

Dinero la prometen los que á su sombra quisieran medrar indebidamente.

¿Qué demuestra todo esto? Demuestra que sólo á estacazo limpio se ha de arreglar el cotarro.

Demuestra que LA ESTACA ha de curar de raíz lo que las cataplasmas y paños calientes no han hecho más que agravar. Por eso los que hasta la fecha lo han mangleado todo, engordando á costa del país, exclaman desconsolados al ver LA ESTACA: «¡Adiós mi dinero!»

Nací y me crié en las márgenes del Ilo-Ilo, no contaba muchos meses de edad, cuando con otros varios compañeros me cortaron del tronco común de mi familia, y después de curarme al sol y someterme á otra porción de crueles operaciones, me dejaron perfectamente acondicionado para el objeto á que me destinaban, que no era otro que el de hacer de mí un bastón de autoridad y llevarme como regalo á España, dedicado á un gran personaje político que ocupaba en aquella época uno de los primeros puestos.

En el baúl del que me adquirió, que era un agradecido protegido de aquel á quien me destinaban, el cual regresaba á España trasladado á su petición, de un pingü destino que le había producido lo suficiente para gastar coche á su regreso.

El viaje se hizo con toda felicidad, y yo al siguiente día de nuestra llegada fui enviado á un joyero para que me pusiera puño de oro, engastando en él varios diamantes, contera de plata, y me horadara en el sitio por donde debía pasar el cordón de las borlas.

Una semana más tarde, encerrado en un bonito estuche, fui enviado al excelentísimo señor que había de poseerme.

Se hicieron grandes elogios de mi buena calidad, de lo artístico y rico de mi puño, calculándose que por las piedras que le guarnecían, el oro, el trabajo y mi valor intrínseco, mi precio no bajaría de 1.000 pesos.

—Ya ves el bueno de Rodríguez qué agradecido es—decía la señora de S. E. á su esposo. —Si; no es mal chico—contestó él,—pero ya se habrá llenado en grande para hacer un regalo de tal precio, sin contar el mentón de Manila para tí, y el juego de ajedrez que ha regalado á nuestro P-pito; entre todo debe haber gastado 2.000 pesos.

—¡Ya ves! —Basta; todavía le habrán quedado más de 100.000; Rodríguez es una alhajita, una hormiguita para su casa; no necesita él que se lo den, sino que le pongan donde lo haya.

Yo estaba indignado de oír tratar así al pobre empleado, pero había que convenir en que el señor excelentísimo tenía razón; sólo se había equivocado en 100.000 pesos al calcular el remanente de Rodríguez, pues no eran 100.000, sino 200.000 lo que aquél había ahorrado en cinco años, llevando allí una vida de príncipe.

En los dos años que estuve al servicio de aquel excelentísimo señor, fui festivo mudo de muchas cosas; habría para escribir una biblioteca; ¡cuántas contratas adjudicadas á amigos agradecidos! ¡Cuántas credenciales repartidas á ineptitudes ó individuos de moralidad dudosa! ¡Cómo se invertían los fondos secretos del departamento en pagar cuentas de la modista, de los *restaurants* ó de dendas de tresillo!

Estaba escandalizado, y temiendo de un momento á otro ir á dar en Ceuta en compañía de mi amo, porque yo creía entonces que su

responsabilidad no era letra muerta puesta en los artículos de la Constitución; así es que, cuando fui regalado á un alto empleado que marchaba á Cuba, se me quitaron dos pesos de encima, uno el de la mano de S. E. que era bastante abrumador, otro el del miedo á que nos sucediera un percance.

Volví á emboscarme, yendo en el fondo del baúl de mi nuevo dueño.

Tentéme la curiosidad de juzgar, por el aspecto de su ropa, la situación financiera de mi señor, y con gran trabajo logré salirme de mi estuche.

Lo que vi me llamó la atención sobremanera. Había yo creído que mi nuevo poseedor no necesitaba para nada del destino que le habían dado, y que habría aceptado por exigirlo así el interés del partido en que militaba; pero si por el equipaje podría juzgarse del estado de la bolsa del alto empleado, ésta debía estar en razón inversa con la categoría del destino que iba á desempeñar.

El contenido del baúl no valdría seguramente ni 1.000 pesetas en cuanto á la ropa, pues las alhajas brillaban por su ausencia; en cambio había una cantidad negativa, lo menos de 8.000, en papel (papeletas de empeño del Monte de Piedad y otras muchas cosas menos pias-dosas de la corte), amén un «farrago» de cartas de *ingleses*, que tenían que leer.

Llegamos con toda felicidad á la Habana, salvo dos ó tres chubascos, y mi señor tomó posesión inmediatamente de su destino en una de las capitales más importantes de la isla.

Como llevaba á su señora y dos hijos, tomaron casa.

¡Qué magnífico debía ser el destino de mi amo! A los diez meses de estar allí ya me hacían compañía en el fondo de un cajón de la cómoda una docena de estuches que contenían alhajas por valor lo menos de 6.000 pesos; además las papeletas de empeño fueron saliendo por docenas de allí; lo que me salieron fueron las cartas de los *ingleses*.

Pasaron cuatro años; cuando una noche mi amo, pálido como un muerto, temblón y azorado, abrió el cajón de la cómoda en donde yo estaba guardado, me tomó con mi estuche, haciéndolo también con todos los de las alhajas, que en aquella época ya habían aumentado en otras dos docenas, y nos guardó en una maleta, en donde había unos fajos de papel que me olieron á billetes de Banco.

Cerró la maleta, cogióla y echó á andar apresurado; no paró hasta que llegó á uno de los extremos más solitarios del muelle; bajó la escalerilla y tomó asiento en uno de los bancos de una lancha, poniendo en el fondo la maleta; poco tiempo después él y sus prisioneros que aquella encerraba estaban instalados en un camarote de un pequeño vapor de travesía.

Ocho días más tarde estábamos alojados en una fonda de Nueva York.

Aquello tuvo su explicación en uno de los periódicos de la capital de la República, que daba cuenta de haberse fugado con la respetable suma de 800.000 pesos, un alto empleado de la Habana, ignorándose su paradero.

¿Que si le prendieron? ¡Nada de eso!

¿Si le sentenciaron en rebeldía? ¡Menos!

El probo empleado se presentó á tiempo; se probó que había estado prisionero por los inexactos; que éstos le habían robado la suma en cuestión al trasladarla él de orden superior y para mayor seguridad á la Habana; se le absolvió libremente; y se le propuso para una cruz por su valor en defender el dinero y sus sufrimientos en el tiempo que fué prisionero de los rebeldes.

A los dos años regresó cesante á España por haber limitado el destino á la entrada de otro Gabinete; exonsado es decir que yo iba en el fondo del baúl; pero qué diferente aquel baúl y su contenido con el que sacó de España el ilustrísimo señor, porque tenía este tratamiento.

Tres años después el buen ilustrísimo murió de una indigestión, siendo senador y consejero de una importante Compañía ferroviaria.

Los periódicos más importantes dieron cuenta de su fallecimiento, enalteciendo sus dotes de talento, sus virtudes, y poniendo en las nubes su honradez proverbial y probidad en el desempeño de los cargos que había tenido.

Al hacerse las particiones del capital, como ninguno de los hijos del difunto era empleado ni tenía esperanza de ser jamás autoridad, decidió, al que por reparto le toqué, quitarme el puño para con las piedras que le guarnecían y el oro hacerse una botonsadura de camisa y otras varias alhajas más, y como la caña estaba horadada, y, por tanto, inútil para usarla de bastón común, fui vendido á un platero, que me puso un sencillito puño de oro liso.

En esta situación he recorrido muchas manos: he pertenecido á varios jefes; he sido el símbolo de la autoridad gubernativa en unas cuantas provincias; fui vara de alcalde en dos ocasiones, y luego el bastón de un delegado de policía; ¡algunos estacazos d' en aquella ocasión! Este mi amo, quedó cesante, y por cuestión de metálico me quitó el puño de oro, pues ya estaba yo bastante deteriorado para venderme con aquél, y dió conmigo en el Rastro á cambio de tres pesetas.

Radimón, después de un cautiverio de seis meses, un abanderado de un batallón, que me puso un puño de plata sobredorada, el que tengo en la actualidad, y sirviéndole estuve hasta que, asenado el mes pasado, me reintegró al Rastro, y allí he continuado hasta hoy, en que usted me ha adquirido para deshonrar en las tablas de un teatro con el fin de dar carácter á falsas autoridades.

¡Anatemizado sea usted por su profanación!

Cesó de hablar, y la casaca tomó la palabra.

Pero lo dejarémos para otro día.

IMPRENTA DE RICARDO HERNANDEZ
Concepción Teránima, 15 y 17

En Cuba y en Filipinas
ve mil círculos de lumbre,
y una inmensa muchedumbre
de pobres contribuyentes
le ofrecen oro á torrentes
en vasos de media azumbre.

Su razón se burla, el ruido
metálico le emborracha,
y con menea vivaracha
aplica más el cido.
Con enojo reprimido
pronuncia un grito de rabia,
y sin mirar si le agravia
con su fuga á don Marcelo
sale sin mirar el suelo,
y como aquel que está en Babia.

Corre como un desbocado,
pero cuanto más avanza,
parece que más lo alcanza
la excomunió del Prelado.
No encuentra por ningún lado
para esconderse un rincón,
y ve con indignación
en todas partes escrito
este rótulo maldito:
«¡Te cayó la excomunió!»

Nunca el pobre Reverter
de aquel escrito se aleja,
y el miedo ver no le deja
que no hay nada que leer.
Al cabo va á recoger
de sus negocios el fruto:
que á veces Dios, en tributo
á su justicia ofendida,
todo el juego de una vida
lo quiebra en medio minuto.

En escape desesperado
sigue por el sucio suelo...
No lleva de punta el pelo
porque sin pelo ha quedado.
En un paso acelerado
se halla de manos á boca

la nariz de Sánchez Toca
que más al pobre le ofusca,
pues cree que el diablo le busca
y con ella le provoca.

Precipitase sin tino,
y aumentando sus terrores,
los ministros ante ores
le acosan en el camino.
Gira como un remolino
sin detenerse jamás,
y por delante y detrás
halla ministros sin tasa
que por engordar su casa
se fueron con Satanás.

Nada su pavor mitiga
y su marcha obrumadora
se prolonga hora tras hora
sin ceder á la fatiga.
Su propia falta le hostiga
con creciente frenesí,
hasta que fuera de sí
crispado, lívido, yerto,
se cae de repente muerto.
Al fin se nota en la villa
exclamando ¡Me lucí!

un olor particular
y nadie puede explicar
una cosa tan sencilla.
No era olor á alcantarilla;
tampoco á quemado cuerno;
era un olor... del infierno
que el más santo no lo sufre.
Como que era olor á azufre
para sahumar al gobierno.

VOCABULARIO DE «LA ESTACA» para el general Woodford

(Continuación)

LETRA G

Ganso: adj. s. — El diputado de la mayo-
ría Fr. Hablar por boca de ganso: Lo que hace

La Correspondencia cuando publica cartas
del general.

Garrapata: s. f. — Se dice del que es peque-
ño de cuerpo, y por extensión se designa así al
ministro de Ultramar.

Garra: s. f. — La mano de ciertos hombres.
Fr. Caer en las garras: Es lo que tenemos los
españoles al ver á V. E., señor representante
de los Estados Unidos. — Cinco y la garra: Da
á entender lo que hace Navarro Reverter en
ciertas ocasiones. — Echar á alguno la garra:
Nosotros quisiéramos hacer esto con algunos
policías para retorcer es el gañote. Sacar á
alguno de las garras de otro: Eso es lo que La
ESTACA hará con el pueblo: sacarlo de las ga-
rras de estos gobiernos.

Gas: s. m. — Cualquier cuerpo en estado
aeriforme. Gas del alumbrado: Lo que falta
en Madrid para no ver las estrellas á fuerza
de tropezones. Gas ácido: El aliento del mar-
qués de Vadillo. — Gas neutro: Las expansiones
silenciosas de Campillo.

Gasa: s. f. — Tala que usa Fabiá para res-
guardar la chistera de las inclemencias del
tiempo. Fr. Correr una gasa: Lo que haremos
sobre algunos políticos para que no se les re-
vuelva el estómago á nuestros lectores.

Gata: s. f. — La hembra del gato. Fr. Gata
parida: La cara de D. Salvador Aubá. — A ga-
tas: Modo de andar de Castellano hasta que
Cánovas lo levanta. — Hacer lagata: Acción que
ejecuta constantemente Silvela. — Salir á gatas:
Así saldrán ciertas personas de San Sebastián.

Gatour: v. a. — Lo que quiere hacer Tetuán.

Gato: s. m. — El macho de la gata. Fr. Atar
el gato: Lo que está haciendo á toda prisa
Navarro Reverter. — Buscar tres pies al
gato: Están haciendo nuestros gobiernos con
el pobre pueblo. — Hasta los gatos que ren-
zapatos: Se usa para dar á entender que
hasta Paquito Lastres quiere ser mini-
stro.

Genio: s. m. — El caso de Martínez Cam-
pos. Fr. Genio y figura hasta la sepultura: In-
dica que Navarro Reverter y Castellano lle-
varán las uñas hasta el cementerio.

LETRA H

Hambre: s. f. — Necesidad grande de co-
mer. Fr. Andar muerto de hambre: Manera de
andar de los pobres labradores. — Matar el
hambre: Lo que hace Castellano. — Morirse de
hambre: Así mueren muchos españoles. — A
buena hambre no hay pan duro: Indica que Ro-
mero Robledo pasará por las horcas caudinas
contal de comer. — Hambre de justicia: La que
siente La ESTACA al ver tantas infamias.

Hambriento: adj. — Insurrecto.

Hambón: adj. — Norteamericano.

Horca: s. f. — Máquina muy necesaria á los
políticos españoles. Ref. Para los desgraciados
se hizo la horca: Expresión que indica que el
necesitado que roba un pan va á la cárcel, y
el potentado que roba millones ocupa palacios.
— Tener horca y cuchillo: Herramientas pro-
pias de los caciques.

Horchata: s. f. — Sangre de los gobernantes
de ahora.

Hombriga: s. f. — Animal insignificante. Un
silvestre, por ejemplo. — Ser una hormiga p r a
su casa: Limitar la conducta del ministro de U-
ltramar.

Honra: s. f. — La fama que una persona ad-
quiere por su virtud y mérito. Ref. Honra y
provecho no caben en un saco: Maxima que de-
bieran tener presente los políticos que medran
á costa del país.

Huero: adj. — Linares Rivas.

LETRA I

Idiota: s. m. — El pueblo que paga.

Idilio: s. m. — Intimidad de Castelar y Ur-
quijo.

Imagen: s. f. — Moret luego de perfumado.

Imán: s. m. — Castelar para ciertas gentes.

Imperfecto: adj. s. — El conde de Romano-
nes.

Imposición: s. f. — Acción que V. E. viene
á ejecutar en España Ref. Imposición de las
manos: Ceremonia que practicó Tetuán con el
Sr. Coma.

Incubación: s. f. — Acto á que está sometido
en estos momentos D. Francisco Silvela.

Independiente: adj. — La ESTACA.

Industrial: adj. — Alberto Bosch, Gálvez

Holgín, Tomás Castellano.

Imenso: adj. — Aguilera.

Imensidad: s. f. — La barriga de Azcárraga.

Insensibilidad: adj. — La fecha del nacimiento
de Castóniga.

Insostenible: adj. — Este gobierno.

Interesante: adj. — El estado actual de Az-
cárraga.

Inválido: adj. — Linares Rivas.

LETRA J

Jabón: s. m. — ¡Dios qué buena gana se lo da-
ría á V. E. La ESTACA!

Jalea: s. f. — La hembra del jaleo. — Fr. Ha-
cerse una jalea: Lo que hace Moret cuando le
dicen que es guapo.

Jaluar: v. — Único verbo que conjugan en
honor del Gobierno los periódicos subvencio-
narios.

Jazmín: s. m. — Flor blanca. — Fr. Varita de
jazmín: El marqués de Lima cuando va com-
puerto.

Jeta: s. f. — Los labios de Martínez Campos.

Fr. Hinchar la jeta: Lo ocurrido á Coma.

Joya: s. f. — La que los norteamericanos
quieren robarnos.

Juanete: s. m. — Menudos los tiene el pobre
Azcárraga.

Judas: adj. — Silvela y El Liberal.

Justicia: s. f. — Virtud cara que consiste en dar
á cada cual lo que le pertenece. — Fr. Justicia
de Dios: Esa castigará á los políticos lairones
y prevaricadores. — Justicia catalana: La que
se verá obligado á hacer el pueblo. — Hacer
justicia: Esto se propone La ESTACA.

¡ES VERDAD!

Por correr don Enrique tras un gallo,
dió un tropezón y lastimóse un codo:
su sobrina Asunción que iba á lo mismo
cayó á la vez y se rompió el bautismo.
En esto puedes ver, Rosa, patente,
que no se coge un gallo fácilmente.

Disponible

Disponible



Dirección y Administración
Lavapiés, 43, 3.
MADRID

El director de es-
ta institución, co-
rrespondiendo al
creciente favor que
las clases media y
obreras vienen dis-
pensando á su Cen-
tro, se ha impuesto
nuevos sacrificios,
estableciendo ven-
tajas de tal impor-
tancia en la iguala,
que merecen ser co-
nocidas del público
en general.

Las esmeradas
asistencias médica y farmacéutica que en el
Igualatorio se prestan; la religiosidad con que
se abonan las indemnizaciones y dietas; y la
exactitud con que se hace frente á los entie-
rrros, satisfará por completo á todo aquel que
busque dentro de la más estricta justicia, un
verdadero auxilio.

El derecho al 1.º y 2.º servicio, se obtiene
desde el momento del ingreso; el correspondien-
te al 3.º, 4.º y 5.º, á los quince días de la in-
scripción.

Los considerables gastos que trae consigo
una enfermedad á poco que se prolongue, y la
constitución especial del Igualatorio, aconsejan
este Centro.

Iguales convencionales en casos cuya edad
ó dolencia estén fuera de lo consignado en las
bases reglamentarias.

Circulares detalladas á quien las solicite.

EL DIRECTOR.

Libros rayados y encuadernaciones de todas clases

J. Grande Hermanos

SAN VICENTE BAJA, 63 TRIFLICADO, BAJO IZQUIERDA

Este acreditado taller compete ventajosamente con todos los de esta
corte, tanto por sus esmeradas encuadernaciones como por sus precios
baratísimos.

Disponible

El Relámpago

Invento prodigioso para dar brillo á los
suelos de madera, baldosa, hules y demás cla-
ses. Hay color nogal, caoba, limoncillo y natu-
ral, botes á 250 y 5 pesetas.

Cepillos máquinas, con plancha de hierro,
para frotar muy útiles y cómodas á 10, 15 y
20 pesetas.

Idem para pie desde 1'50 pesetas, escobo-
nes de cerda y raíz, plumeros esponjas etc.,
precios muy baratos, venta por mayor y menor.

Drogueria de Moreno

Mayor, 35, y Felipe III, núm. 1.

Disponible

Disponible

Disponible

Disponible

Disponible

Disponible

Disponible

SUSTITUTOS

legales de todas clases para los Ejércitos
de Ultramar

Calle de Toledo, 26, principal

Disponible

Disponible

DESPACHO DE CARNES FRESCAS

DE

Vicente Alonso

Plaza de San Miguel, calle 6.ª,

cajón núms. 32 y 35

Vicente Alonso, honrado carnicero,
que no quiere ganar mucho dinero,
vende por dos reales dos chuletas
que valen cuando menos dos pesetas.
— ¡Qué chuletas tan ricas, Rosarito!
— ¡Ay, no las nombres que se abre el apetito!

Disponible

Disponible

LA ESPAÑOLA

FÁBRICA DE TINTAS Y BARNICES
NEGRAS Y DE COLOR

DE LOS

HIJOS DE J. A. GARCIA

Admon:

Campomanes, 6

Fábrica:

San Rafael, 4

Casa fundada en 1868

Compre V. el próximo
número del popular pe-
riódico taurino

“El Tío Jindama,”

Disponible

Disponible